

de su acusación; pero diciendo que no era osado á pronunciarse por pena ninguna, y eludía la pena de muerte. No podía faltar á esta culpa de la Gironda el contraste de la Montaña. Frente á una perplejidad hondísima, una grande afirmación, cruel de toda crueldad, pero fuerte de toda fuerza. Mashe afirmaba en su informe la culpabilidad del Rey, sin reservas, declarándole justiciable, y justiciable por la Convención. Ya estaba despedida la manzana de aquella discordia. Ya los partidos republicanos debían parecerse á esas alimañas feroces, caídas de un salto sobre su presa, disputándose sus despojos. La persona de Luis XVI aparecía como un cadáver, cuyos miembros fríos trucidaban las pasiones de partido con dientes y con garras para que les sirviesen de título á la influencia y al predominio propios. Y hay que decirlo en justicia: no les importaba tanto magullar y repartirse á Luis XVI magullado y maltrecho, como asestarse unos á otros sendos golpes mortales en sus respectivas cabezas. Aquel pobre Monarca, humilde como un mayordomo de su propio palacio; padre de familia sin tacha; esposo tanto más rendido cuanto menos amado; económico, á guisa de buen industrial y mercader parisién; de una miopía que quitaba toda expresión á sus ojos; de un desmadejamiento que lo ponía en ridículo á cada paso; pálido al aire de su cárcel; triste sin desesperación; indiferente sin frialdad; creyendo en el derecho y en el Dios de sus padres: víctima ciega del destino, que le había legado una infinidad de crímenes y errores, en los cuales no tenía culpa de ningún género; pues, aunque su proceder personal fuese culpado, y mucho, merecía un poco menos de rigor, un poco más de misericordia, siquier fuese reo de la implacable justicia.



CAPÍTULO SÉPTIMO

Promoción del proceso de Luis XVI por la terrible lucha entre los partidos republicanos.

TODAS las dificultades propias del movimiento republicano en este período, hubieran podido ser superadas, y todos los errores, como todos los crímenes, conjurados, si llegan á entenderse, no ya jacobinos con girondinos, Roland ó Vergniaud con el gran estadista Dantón. Imposible la indiferencia en república ninguno ante un problema, surgido tan á deshora y con tan grande pasión precipitado, como la muerte inmediata del Rey. Entre los locos y los cobardes habían traído aquel convidado de piedra verdadero al festín de la libertad, iluminado por las victorias de Jemmapes y de Valmy, bendecido por el popular *Te Deum* de la Marsellesa. ¿Por qué no entenderse dantonianos y girondinos para prolongar un período de regocijo y detener el advenimiento de un período de odios? La sombra, que avanzaba sobre la frente de Dantón, avanzaba sobre la frente de Vergniaud, el alma de Robespierre. No había otro peligro que conjurar; no había otra dictadura que temer. Pero el estoicismo implacable del severísimo Roland, junto con el orgullo femenil de su exaltada mujer, determinaron en aquel minuto la más importuna entre cuantas cuestiones podían suscitarse, la cuestión de cuentas. Dantón por su temperamento intelectual no sabía escribir ni contar. Odiando los libros de ciencia el combatiente, imaginaos como desdeñaría los libros de caja. No se contaba un solo girondino de importancia que repugnase aprobar cuentas, de un ministerio como el activo de Dantón, cuentas extendidas entre la batalla del diez de Agosto y la batalla del gloriosísimo Jemmapes. Sólo Roland, movido de su mujer, se resistió á sancionar los dispendios dantonianos, y resistiéndose, resistióse también á la con-

iliación; y resistiéndose á la conciliación, causó el descrédito y la ruina tanto del novísimo derecho como del novísimo régimen. Desde aquel día perdió la opinión mucha confianza en su colosal tribuno, y cosa peor para la revolución, perdió el tribuno mucha confianza en sí mismo, en la inteligencia de su espíritu, en la estrella de su sino. Y, perdida esta confianza en sí, no pudo maniobrar ante la muerte del Rey, como hubiera maniobrado de hallarse con las manos libres; no impelido á mirarse con Robespierre por la torpeza de sus naturales amigos empeñados en llamarse sus naturales enemigos. Pedir un hombre de bien cuando se necesitaba un hombre de acción, paréceme un verdadero desvarío. Y sin embargo, ¿quién dijo á la Gironda que si Dantón tenía cualquier vicio, no proviniese más del destino fatal de su posición que de perversiones nativas en su alma y corrupción sistemática en su existencia? Los libros más clásicos le acusan á una con las acusaciones más terribles. Pero tomadle cuenta en este minuto, y será como si pidieran al piloto de naufrago buque, á la hora de ahogarse, su libro de bitácora. Dantón, á la manera de todos los revolucionarios, había lanzado á manos llenas tesoros y más tesoros, como se había reunido con personas, cuyas principales virtudes no estaban en el trabajo, en el ahorro, en la economía. Cuando le daban en rostro á nuestro famoso Prim, nada escrupuloso en sus amistades, con el proceder de algunos amigos suyos, exclamaba: las revoluciones no se pueden hacer con canónigos.» Y Dantón usaba aquel medio de defensa: «no he ido á ninguno de mis combates, decía, seguido por colegiales.» Nada tan fácil en esta situación como contraer deudas, y nada tan fácil en estas deudas como el macularse y el perderse. Pero su vida era de una sencillez sublime. Ni sentía, como el aristócrata Mirabeau, gustos costosos. Ni el arte le tentaba, ni el juego, ni el vino, ni vicio alguno de aquellos que arruinan y deshonoran á las gentes. Labriego, muy labriego; dado á la siega y á la vendimia; devoto de la mesa donde campea sobre un blanco lino cosechado en la huerta de casa, un blanco pan atrojado en las paneras domésticas; no tenía ni trenes, ni salones, ni queridas, ni corte y cortesanos que pudieran costarle carísimos; tenía un defecto muy grave, no sabía contar y no estimaba en precio alguno el dinero: sin orden y concierto en sus intereses; pasando de la vida del campo en su campiña de Arcis al Sena, donde vivía entre conspiraciones y combates y clubs y parlamentos y ministerios, no pudo volverse á mirar el dinero que caía de su bolsillo. Pero esta es la condición del generoso. Y el generoso siempre suma con la generosidad la indulgencia. Y por tal modo á la indulgencia se inclinaba en la causa de Luis XVI, que un día le dijo á cierto compañero suyo, muy emperrado en defender la venganza del pueblo en la persona del Rey: «tú no sabes lo primero que debe saber un estadista, no sabes perdonar.» Dantón, en esta hora suprema, de no estar con la Gironda reñido hubiera llevado al ánimo de la Gironda lo que le faltaba: la firme voluntad. ¡Cuál desgracia esta división entre la conciencia y la voluntad, en aquel momento supremo, en que sonreía una victoria indecible á la revolución universal!

No puede olvidarse, cuando de los revolucionarios se trata, que tenían dos morales: una pública, otra particular y privada. Forjados en la Historia romana, tan llena de rasgos sublimes como de principios falsos, creíanlo todo justo contra el enemigo, y no estimaban delito, ni crimen, el hecho más delictuoso y más criminal ofrecido en aras de la patria, con derecho, según ellos, á exigirnos el holocausto y sacrificio de la conciencia, y no debemos extrañarnos de semejantes doctrinas. ¿Pues qué, nosotros mismos, tan dados á considerar la parte moral ó ética del Estado y del derecho, no asistimos á las capillas donde los grandes crímenes históricos á favor de la libertad tienen abierto un verdadero culto? ¿Cuál orador demócrata y republicano desdeñó añadir una flor más de sus retóricas imágenes al mirto y á la rosa con que los griegos adornaron el puñal regicida de Harmodio? En todas las letras humanas existe un altar, donde se glorifica, divinizándolo, el parricidio de un Bruto, que mató á su hijo, y el parricidio de un Bruto, que mató á su padre. Los dramas de Shakespeare, allá en Inglaterra; las tragedias de Vega y Alfieri, así en España como en Italia; los versos clásicos y acompasados del teatro francés hoy mismo constituyen cierta especie de rezo litúrgico dedicado á la memoria y apoteosis de un asesino. Con estas clásicas tradiciones ya puede imaginarse quien leyere qué ideas tendrían los revolucionarios dantonistas, crecidos y educados en la Grecia y en la Roma ideales forjadas por sus historiadores y por sus poetas. Bien es verdad que no faltaban á este dogma de la razón de Estado el voto y sanción de la Iglesia. Los Papas llegaron á llamar noche beata y mirífica la noche del degüello, denominada noche de San Bartolomé. Maquiavelo, primer publicista del Renacimiento, alabó el crimen, diciendo debía, sin escrúpulo ni empacho, aprovecharse siempre y cuando apareciese útil. En sus páginas aprendió Dantón el grito lanzado para justificar las matanzas de Setiembre: «perezca mi memoria y sálvese mi patria.» Digan todo cuanto quieran los jesuitas en oposición de mis afirmaciones: al jesuitismo se debe la más cumplida entre cuantas apologías se han escrito del regicidio; la célebre de nuestro gran historiador Mariana. No se pueden referir los asesinatos mandados por Isabel Tudor á Felipe II, ni los asesinatos mandados por Felipe á Isabel Tudor. El convento de los jacobinos, donde la secta de Robespierre se juntaba, y de quien tomó su extraño apellido, transcendía de suyo á regicidio, porque de aquel monasterio fué monje Santiago Clemente. ¿Cuál, entre los santones de la liga ortodoxa, experimentó remordimiento de ningún género matando á Coligny, ni qué luterano dejó de celebrar la inmola-ción ó asesinato del general Wallesteindt, dispuesto y apercebido y ordenado por los sacratísimos emperadores austriacos, deseosos de romper su incómoda tutela? Pues, existiendo el culto á la razón de Estado entre los Papas y los Emperadores, picadísimos unos y otros de teólogos, y adversarios de toda clásica educación, verdaderamente no hay para qué maravillarnos, si los revolucionarios, combatientes de suyo, guerreros por naturaleza, venidos á destruir todo un mundo, se levantan airados contra los frenos opuestos á sus propósitos

por las leyes morales, y hacen del crimen político, no solo un instrumento, un dogma también. Sin embargo, desconocería la historia de estos momentos, quien desconociese los períodos y las fases por donde pasa el enérgico espíritu de Dantón. Romano, como todos los hombres de su tiempo, experimentaba muchos asaltos de piedad por el cuitado Luis XVI, y condenándolo unas veces, otras zahiriéndole, requería de todo y de todos un medio conducente á redimirlo y á salvarlo. Quizá no ven tan claro esto en la Historia sus amigos como lo vieron sus enemigos en aquel crítico minuto. La sentencia, fulminada más tarde sobre su cabeza, y en el cadalso cumplida, comenzó á escribirse cuando los regicidas intransigentísimos y feroces llamaron, por fines de Noviembre, al excelso tribuno, el guía y la cabeza de los indulgentes. Y, sin embargo, con aquella voluntad resuelta que todos le reconocemos, Dantón se arriesgó á justificar el calificativo y á encarecer toda soberana indulgencia. Concedor del mundo y del hombre, no llamó á la misericordia de los regicidas, llamó á su generosidad. Y, para moverla, no se fué á los jacobinos, donde se hallaba seguro de no encontrarla; se fué á los franciscanos, al club compuesto por los hombres de acción que suelen ser generosos, al revés de los sofistas. Sus insinuaciones á este respecto, al respecto del olvido y del perdón, debieron aparecer tan claras, que sus mismos correligionarios le tacharon de refrenar y detener cosa tan grave, y al desarrollo de la revolución francesa tan transcendente, como el proceso de Luis XVI. Dantón se halló en bien fiicultosa coyuntura, cuando así le reconvenían sus correligionarios. Si aceleraba la muerte del Rey desmetía los afectos humanos de su corazón; y si, por lo contrario, la vedaba ó impedía, arrojándole sobre los hombros las cóleras jacobinas, y le perderían para siempre, quitándole todo poder é influjo. Y, sin embargo, arriesgó esta frase temeraria, en la cual se contenía todo su pensamiento: «los pueblos se salvan y no se vengan.»

Así nada más creible que la entrevista suprema entre Dantón y la Gironda por una de aquellas noches; entrevista preparada con sigilo tanto, y cumplida en tan profundo secreto, que, aun hoy mismo, duda de su existencia la Historia. Sin embargo, cronistas muy escudriñadores aseguran haberse tal entrevista celebrado en una quinta propiedad del suegro de Camilo, hundida entre misterios en la salvaje campiña llamada Val de los Lobos. Tras tantas y tantas embajadas, tras tantas y tantas componendas, tras los sinnúmeros esfuerzos empleados en unir á los demócratas verdaderos, apartándolos por la derecha de Robespierre y por la izquierda de Marat, la entrevista fué un fracaso más, y la conciliación entre dantonianos y girondinos huyó al ocaso, triste ilusión de lo pasado, no realizada por culpa del matrimonio Roland, quien pagó su error con su vida; y, á pesar de tal martirio, no ha logrado aún el perdón de la Historia. El fracaso aparece tanto más de sentir, cuando había querido evitarlo un verdadero ángel de concordia, Madame Dantón, opuesta en todo á Madame Roland. No busquéis en la esposa del tribuno la facundia, la elocuencia, la sensibilidad artística, la fantasía creadora, la palabra fecunda, el gesto dramático, la hermo-

sura corporal y espiritual de Madame Roland; mas la superaba en una condición capitalísima; la superaba en que Madame Dantón era una mujer en todo el concreto sentido de la palabra; y, como ora una mujer, adivinaba por la piedad y por la ternura todo cuanto convenía de suyo al esposo, de quien era, no sólo compañera, sacerdotisa. Y sin grandes inspiraciones de la imaginación, sin arrebatos del sentimiento, sin discursos pronunciados por sus labios ni libros escritos por sus manos, dejándose llevar del amor conyugal, Madame Dantón acertó, bien al revés de Madame Roland. Y requiriendo de los hechos y de las personas lo más útil á su marido, encontró también lo más útil á su patria. Madame Roland, publicista y no esposa, impelía el ánimo de su compañero al combate, al Parlamento, al gobierno; mientras Madame Dantón apartaba de todos estos sitios al hombre, mitad verdadera de su alma, queriéndolo para ella sola, en el hogar y en la familia. Quien recuerde todo el transcurso de esta dramática historia, recordará también todo el dolor de Madame Dantón, la madrugada del 10 de Agosto, cuando las campanas tañían á rebato, los tambores á generala, los clarines á botasillas, y ella pugnaba por contener y retener al tribuno heroico, deseando más la conservación de su vida que la gloria y apoteosis de su nombre. Para Madame Dantón el triunfo de su esposo fué como el calvario de se persona; ya no tuvo una hora de verdadera doméstica tranquilidad. Cuanto le gustaba su casita de París estrecha, y, por estrecha, más aproximadora de los seres queridos, que las distancias enormes entre los apartamentos de su gran palacio, tanto le disgustaba el aristocrático ministerio de Gracia y justicia, por cuyos salones tenía que correr desalada tras un marido embargado por el interés público, y ausente, por los deberes del cargo, de su hogar oficial. Y como había la infeliz absorbido su vida en la vida del esposo, quitaba toda tranquilidad á sus nervios, todo sueño á sus párpados, el sentimiento de las responsabilidades tremendas por Dantón contraídas en las primeras semanas de Setiembre y el temor de que aquella lucha horrorosa le costase al cabo así la honra como la vida. Recordaba sobre las alfombras y bajo las techumbres del palacio ministerial su apartada casita de Arcis. En ella no se aplastaban corazones, como en la revolución; se aplastaban uvas, las cuales despedían ¡ah! no torrentes de sangre mártir, torrentes de vino vivificador y caloroso. No le veía una vez al día circuido por sus secretarios, adulado por sus compañeros de diputación, puesto sobre los paveses del gobierno, sin recordar las horas idílicas en que sus brazos amasaban el pan, sus manos oprimían la blanca leche para componer el sabroso queso, sus pies iban tras el trillo ayudando en las eras al debido logro y aquistamiento del grano; días felices de idílicos fluidos, de sonrisas amadas, de fiestas cariñosas, de amistades santas, de familia inmaculadísima, de placer que jamás podría darle aquella tempestad en que habían caído sus campesinas personas y se habían deshecho, como ceniza de un incendio, sus nombres ya incendiarios. Sobre todo, Madame Dantón, se resistía por completo á reconocer la crueldad del esposo; habíalo visto cuidar del buey como se cuida de